

# Washington se Mexicaniza

- ★ Honduras Logró lo que fue Imposible en Yucatán
- ★ Civilidad y Respeto a las Reglas, Ausentes Aquí
- ★ ¿Cómo Pudo Creer AN que el PRI iba a Cambiar?

LORENZO MEYER

En sentido estricto, en México el discurso político del poder es increíble, es decir, no se puede creer.

De tiempo atrás y de manera consistente, la realidad y el discurso de quienes tienen el poder, marchan por caminos distintos, incluso opuestos. La irrealidad de ese discurso es irritante porque, en primer lugar, resulta ser un indicador del poco respeto que los gobernantes —populistas o neoliberales— tienen por la inteligencia y la sensibilidad de los gobernados. Por otro lado y pese a que prácticamente nadie cree lo que el poder dice, resulta que un buen número de mexicanos actúan como si lo creyeran porque así conviene a sus intereses —los intereses de la legión de cínicos que forman el aparato del poder y sus apoyos en todos los niveles—, y eso es otro indicador igualmente importante: el de la fuerza que aún conserva en nuestro país la política de lo increíble.

SIGUE EN LA PAGINA VEINTISEIS

Sigue de la primera plana

Ultimamente, hasta el gobierno norteamericano ha entrado en este juego de cinismo, pues, en contra de lo esperado, resulta que es Washington el que se está mexicanizando y no México el que se americaniza.

Un buen ejemplo de lo asentado, es la designación del candidato presidencial del partido del Estado: Luis Donald Colosio. El día de su "destape", el escogido por el Presidente Salinas para sucederle al frente de la Presidencia autoritaria, pronunció un discurso que, entre otras cosas, incluía esta autodefinición: "Soy hombre de profunda convicción democrática." Desafortunadamente, afirmación tan bienvenida no cuadró, para nada, con las circunstancias en que la pronunció: la designación por "dedazo". Para todos los que la escucharon o leyeron, resultaba evidente que el tipo de proceso interno que llevó a Luis Donald Colosio Murrieta a la antesala del poder sin límites que es la Presidencia mexicana, no había tenido nada que ver con la democracia y sí mucho, por no decir que todo, con la tradición autoritaria priísta e iniciada por Calles en el momento mismo de dar vida a ese partido del Estado. Todo mexicano con un mínimo de

idea sobre las reglas del poder, sabe que dentro del PRI es el Presidente de la República y sólo él, quien tiene voz y voto, y que sólo él designa al que impondrá como su sucesor (véase al respecto el último libro de Luis Javier Garrido, *La transición mexicana*, Grijalbo, 1993). El discurso que intentó hacer compatible "dedazo" y democracia, es, por tanto, parte integral de la política de lo increíble. Complemento inevitable, son el torrente de declaraciones de la clase priísta al momento de sumarse a la enteramente predecible y bochornosa "cargada". En efecto, una vez conocida la voluntad del Presidente, prácticamente todos los miembros del aparato priísta corrieron sin pudor al lado del señor Colosio y a voz en cuello proclamaron lo que hasta ese momento se habían guardado de hacer: que el sonorenses era el mejor, el único, el idóneo para la circunstancia histórica.

Carlos Monsiváis ha recogido una serie de frases típicas al respecto de Manuel Cavazos Lerma, Manlio Fabio Beltrones, Juan José Osorio (Asamblea de Representantes), Felipe Tibio Muñoz, María de los Angeles Moreno, entre otros, y las ha registrado como parte del "apoyo incondicional al

apoyo incondicional" (La Jornada, 6 de diciembre), elemento consustancial a la política increíble.

Pero volvamos al "destape". Como se recordará, en 1929, Calles, el "Jefe Máximo", decidió por sí y ante sí, que Pascual Ortiz Rubio —un gris político de Michoacán sin poder propio— debería ser el candidato presidencial del partido recién nacido, un partido que nació como un mero apéndice del aparato estatal. Al conocer su increíble decisión, los miembros de la convención —en su mayoría comprometidos con un candidato de corte distinto, más autónomo— obedecieron al general sonorenses con una disciplina digna de un ejército, pero indigna de una organización que pretendía ser tomada por un partido en todo el sentido del término.

Hoy, 64 años más tarde, la situación no ha cambiado gran cosa. El día del "destape" —domingo 28 de noviembre—, el Presidente Salinas, como antes lo hiciera Calles, convocó temprano al "Campo Marte" al presidente del CEN del PRI, a los líderes de los sectores de ese partido —CTM, CNC y MT— y a los líderes de la mayoría priísta en el Congreso, y ahí les informó que Luis Donald Colosio —un político que es de manufactura

# Washington se Mexicaniza

salinista de pies a cabeza— debería ser el candidato del partido del Estado; la búsqueda de la continuidad dictó la selección. La información que les daba el Presidente era, a la vez, una orden a cumplir sin discusión. A partir de ese momento, el viejo guión escrito por el presidencialismo autoritario mexicano, fue seguido al pie de la letra por todos los involucrados, desde el candidato designado hasta “la masa militante” que lanzaba vivas como si la decisión fuera suya.

No lo era, desde luego. Hoy sabemos que cuando los medios de información masiva anunciaron al señor Colosio como precandidato del PRI, el hecho era aún desconocido incluso por la élite de ese partido:

los miembros del Comité Ejecutivo y del Consejo Político nacionales del PRI. Finalmente, la inconformidad inicial de Manuel Camacho —un aspirante a la candidatura con personalidad y proyecto propio— y su posterior acatamiento de la voluntad presidencial, fueron parte

del viejo ritual, pues sin proponérselo, el ex regente de la ciudad de México asumió en 1993 el papel que hace casi trece lustros correspondió a Aarón Sáenz, el general, político y gran empresario obregonista, que había confiado en que su red de relaciones con los diferentes grupos revolucionarios forzaría a Calles a inclinarse por él. Sáenz se equivocó, se inconformó y luego se disciplinó. Frente a esta realidad, ¿cómo no considerar increíble otra de las auto-definiciones de Luis Donald Colosio, esa en que afirmó que él era parte de la “generación del cambio”? ¿Cuál?

En su quinto informe presidencial, Carlos Salinas hizo un llamado a to-

dos los partidos para suscribir un “pacto de civilidad” de cara a la contienda electoral de 1994. Se supone que el objetivo era darle credibilidad a las elecciones, justamente para evitar que se repitiera la incredulidad generalizada de 1988. Colosio se hizo eco de ese llamado en el ya citado discurso de “destape”, pues ahí definió la política como “un espacio privilegiado para la convivencia armónica” y a la democracia como la acción de “respetar las reglas de la competencia”. Sin embargo, y justamente en ese momento, tenían lugar elecciones efectivamente competidas en Yucatán, y allá en la península, la civilidad y el respeto a las reglas de la competencia, brillaron por su ausencia.

Las elecciones yucatecas del 28 de noviembre tuvieron lugar no sólo el mismo día del “destape” priísta, sino también el día en que Honduras eligió Presidente. El pequeño país centroamericano, cuyo ingreso promedio per cápita es apenas un quinto del mexicano y donde la proporción de población rural es el doble, logró sin dificultad lo que en Yucatán simplemente no pudo ser: dar resultados electorales creíbles la misma noche de la elección. Tan creíbles, que el partido en el poder aceptó su derrota. Una semana después, en Venezuela tuvieron lugar elecciones presidenciales. Pese a una confusión inicial propiciada por la multiplicidad de fuentes, el resultado electoral también dio el triunfo al candidato de oposición, el anciano ex presidente Rafael Caldera, y de esta manera se puso fin a 35 años de dominio bipartidista, Acción Democrática-COPEI.

En contraste con lo sucedido al sur de nuestras

fronteras, en Yucatán debió pasar una semana antes de que se decidiera que finalmente el resultado favorecía al partido de siempre: al PRI. Sin embargo, muchos no creyeron en la versión oficial y ante la inconformidad, la gobernadora interina debió renunciar en tanto que la oposición —básicamente el PAN— promovía movilizaciones y se preparaba a pelear en contra de resultados que, en algunos municipios, daban más votos al PRI que el número total de ciudadanos inscritos en el padrón; un padrón que, en el caso de Mérida, había crecido un increíble 25% entre 1991 y 1993.

A raíz del problema en Yucatán, Carlos Castillo Perea, presidente del PAN, declaró que antes de las elecciones, él y su partido “creímos que el gobierno había superado ya las prácticas electorales ilegales... pero ya vimos que no es así”. En realidad, resulta increíble que el PAN —un organismo con más de medio siglo de experiencia en política mexicana— hubiera llegado a creer que efectivamente el PRI estaba hoy dispuesto a cambiar una política que le ha dado magnífico resultado por 64 años consecutivos.

Como ya se apuntó, hay indicios de que la élite política mexicana está mexicanizando a la norteamericana y no viceversa. Veamos. En su debate tele-

visado con Ross Perot en torno del Tratado de Libre Comercio (TLC) el 9 de noviembre, el vicepresidente de Estados Unidos, Albert Gore, admitió que el mexicano no era un sistema democrático ni que protegiera los derechos humanos, pero que con un poco de ayuda de sus amigos —los socios del TLC— llegaría a serlo. Sin embargo, todo indica que la Casa Blanca no cree realmente en esto último —la capacidad de transformación del sistema político mexicano— ni que realmente le importa la ausencia de democracia en México. Y para probarlo, ahí está lo dicho a raíz del “destape” en México por la vocera del Presidente William Clinton, Dee Dee Myers; entonces y sin ningún rubor, la vocera declaró que el mexicano recién “destapado” era, de hecho, el futuro presidente de México. Congratularse públicamente de que un precandidato presidencial es ya de hecho presidente electo de un país al que se ha calificado de no democrático, es aceptar y legitimar que en México las elecciones no sirven para nada. Así pues, la política de la Casa Blanca se mexicaniza.

Afortunadamente, esa mexicanización no es total. Para The New York Times, por ejemplo, el salinismo, en política, no ha significado otra cosa que “cambios marginales en un sistema construido sobre las bases del padrínaz-

go abierto, la intimidación física y un fraude electoral generalizado”. A los ojos de ese gran diario neoyorquino, la democracia al estilo mexicano no es aún otra cosa que “una broma cínica”.

Finalmente, cuando de tarde en tarde alguien dentro del círculo del poder pretende hacer un discurso realista y creíble, le puede suceder que también resulte increíble. Ese ha sido el caso reciente de José Ángel Gurría, director del Banco Nacional de Comercio Exterior. Como se recordará, la semana pasada, el señor Gurría dijo en Monterrey ante un grupo de empresarios japoneses, que a los doce años de neoliberalismo mexicano se le deben agregar otros doce futuros, pues resulta que no sólo Colosio será elegido presidente, sino que para el sexenio 2000-2006, le sucederá un miembro de su gabinete tan comprometido como él con la continuidad de los planes económicos del gobierno (Reforma, 3 de diciembre).

En conclusión, el discurso de la clase política mexicana, y el que se hace hoy sobre México en Washington, resultan increíbles. Desafortunadamente, mientras ambos se mantengan así, no habrá llegado la auténtica modernidad a nuestro país, y en materia de democracia México seguirá estando atrás de Honduras.